

detuvo su caballo, fijando la vista en un objeto. Luego se dirigió a él a todo galope de su corcel; volvió a detenerse; examinó otro instante el objeto que había llamado su atención, y en seguida hizo señal a sus compañeros para que acudiesen a donde estaba. Ricardo, Félix y Pablo, se acercaron y dejaron escapar una exclamación. ¿Qué habían visto? Era el cadáver de Willey que aún tenía clavado en el cuello el cuchillo de monte con que se había defendido Núñez. Las aves carnívoras habían destrozado ya su vientre. En la horrible actitud en que estaba el cadáver, se conocía que había tenido una agonía espantosa. En aquellos momentos uno de los cocheros dirigía su carruaje a un lado del camino para no pasar por encima de un cuerpo de mujer, también despedazado por los animales. La hermosa joven, olvidando lo que la había hecho padecer, y llevada de sus sentimientos cristianos, oró interiormente a Dios por aquella desgraciada. Dos horas después, los dos coches, seguidos de Ricardo, Félix, Pablo y don Juan, entraban por las puertas de la ciudad de México, donde les esperaban las personas más caras de su corazón.

CAPITULO XXXIV

El heroísmo de la virtud

Había pasado ya la sangrienta batalla dada el día 8 de septiembre de 1847 en «Molino del Rey», casi a las puertas de la capital. Batalla desgraciada, pero gloriosa, en que cuerpos aislados de tropas mexicanas combatieron contra todo el ejército invasor, haciendo retroceder varias veces sus columnas, y persiguiéndolas hasta sus mismas posiciones. Allí la tropa de línea y la guardia nacional manifestaron al mundo que los mexicanos sabían morir como héroes, cuando se trataba de defender los caros objetos de patria y libertad.

Allí el tercer regimiento ligero, a las órdenes del valiente coronel don Manuel Echegaray, al acercarse los invasores en número de más de mil hombres a los molinos, se arroja sobre ellos, y a pesar de que los mexicanos que acometen no son más de quinientos, es tal el ímpetu con que se lanzan sobre la fuerza enemiga, que ésta queda turbada por un momento, y poco después huye precipitadamente. El tercer ligero persigue a los invasores, les quita tres piezas de artillería, de que poco antes se habían apoderado,

y los acosa hasta llegar hasta la misma línea norte-americana. Allí también el valiente y honrado patricio, coronel del batallón Mina, don Lucas Balderas que, herido de un pie, no quiso retirarse de la acción, cayó atravesado de honorosas heridas, y expirando arengó a sus soldados. El general León pereció también, llenando de asombro con su temerario arrojo, y mil y mil intrépidos oficiales y soldados que dejaron trazado con su sangre el sendero que deben seguir los que no quieren llevar en la frente la mancha vil del esclavo.

Por todos estos notables hechos habían sido aislados, combatiendo cortas secciones mexicanas contra numerosas columnas invasoras, y el resultado al fin, vino, en consecuencia, a ser desgraciado para México, y los norte-americanos hollaron con su planta la capital de México, en la mañana del 14 de septiembre de 1847. Instalado el gobierno mexicano en Querétaro, los invasores empezaron a dar los pasos necesarios para celebrar la paz entre ambos países.

Durante este tiempo, Núñez y Leopoldo habían sanado completamente de sus heridas, y viendo que las negociaciones de paz se encontraban muy adelantadas, esperaron el término de ellas para dejar su actitud belicosa o empunar de nuevo las armas en defensa de la patria. En uno de esos días en que el gobierno norte-americano y el de México se ocupaban del asunto importante de la paz, un hombre se hallaba en la humilde habitación de la hermosa Elisa. Era don Emilio.

—Ya ve usted, hermosa Elisa —le decía— que he cumplido gustoso con el deseo indicado por usted. Clotilde será la más feliz de las mujeres al lado del hombre que, con su constancia, respeto y abnegación, se ha hecho digno de su mano.

—Sí, don Emilio: era el único anhelo de mi maternal cariño: ya que la hice desgraciada privándola de las caricias de una madre que no le puede dar el dulce nombre de hija, al menos no llevaré a la otra vida el remordimiento de no haber hecho el sacrificio de presentarme a usted para salvar de la muerte a la que la hubiera conducido su pasión contrariada.

—Pero, ¿está usted resuelta a acallar a ella, tan virtuosa y prudente, ese secreto?

—Por siempre.

—¿Teme usted que su cariño fuese menos intenso, si usted se descubriese a ella diciéndole: soy tu madre?

—Todo lo contrario; estoy segura que me perdonaría una falta que he expiado de una manera terrible; que me amaría como yo la amo..., que me consolaría..., que lloraría de placer conmigo, y que me haría la mujer más venturosa de la tierra.

—Pues entonces...

—Pero por eso mismo he resuelto que ignore quién le dió la vida. ¿Debo yo acaso encontrar deleites, dichas y contento, en donde está patente la falta de mis deberes? ¿En premio de la culpa he de solicitar las caricias más tiernas..., los afectos más dulces..., las dichas celestiales? ¡Oh! ¡Eso sería hacer una nueva ofensa a Dios! No; yo me he propuesto expiar en el mundo, con todos los sufrimientos posibles, el delito que cometí, y lejos de gozar de sus caricias lejos de intentar el placer de escuchar de sus labios un nombre que me inundaría de celestial contento, he resuelto, cuando la contemple unida al hombre que ama, renunciar hasta la dicha de verla.

—¡Oh! ¡Eso sería demasiado!

—¡Demasiado!

—Cuando todos van a ser felices..., cuando mi hermana Inés recobra la tranquilidad y se dispone a ser la esposa de Ricardo, salvado por Núñez de un oscuro subterráneo..., ¿usted, sólo usted ha de sufrir el padecer!

—Para ser feliz, le basta a una madre saber que lo son sus hijos.

—Pero aquella falta que por mi culpa cometió usted, aquella falta la ha purgado usted suficientemente con dieciocho años de privaciones y de lágrimas... ¿Por qué, pues, privar a Clotilde de la dicha de conocer a quien le dió la vida?

—¡Jamás! Mi resolución está tomada: me impongo el mayor de los sacrificios para una madre, como expiación de mi culpa.

—Bien, yo respeto esa resolución heroica; pero ¿qué motivo existe para que rehuse usted, como lo ha hecho, mi mano y mi fortuna? ¿No está usted enteramente libre para disponer de su corazón? Desde el momento en que el Eterno llevó a su mansión al hombre a quien los dos ofendimos, aspiré a la dicha de unirme a usted en eterno y sagrado lazo, pero usted rechazó mi proposición, y no sé de qué palabras valirme para hacerla a usted desistir de su empeño.

—De ningunas, don Emilio, porque todas se estrellarían contra el firme propósito que he tomado. Esa unión y esas

riquezas podrían hacerme olvidar un instante mi falta, y repito, que yo anhelo recordarla, tenerla siempre viva en mi corazón para tratar de borrarla. Le suplico a usted por lo mismo, que no insista en esa idea, que es irrealizable.

—Por doloroso que me sea renunciar hasta la esperanza de mi felicidad, respetaré su deseo como sagrado para mí, y mis labios permanecerán cerrados sobre ese asunto.

—Mil gracias.

—Era preciso —dijo don Emilio con profunda tristeza— que cuando todos van a ser venturosos, yo, único autor de las desgracias que han afligido a usted, expiase también terriblemente mi falta.

—¡Y se cree usted desgraciado! ¡Desgraciado usted que puede estrechar contra su corazón a Clotilde, llamarla a todas horas su hija..., abrazarla... y hasta confesarle que es usted su padre! ¿Cómo calificará usted entonces la pena de la pobre mujer, condenada a no verla jamás..., a renunciar a la dicha de escuchar el dulce metal de su armoniosa voz?

Y Elisa dejó caer abatida la cabeza sobre el pecho, vertiendo un raudal de lágrimas.

Don Emilio conoció todo el peso de aquellas razones, y exclamó:

—¡Oh, Elisa! ¡Esa pena es sublime en la esfera del dolor..., inconmensurable..., sin igual en el mundo! ¡Oh! Al escucharla a usted, me avergüenzo de mi debilidad..., de mis pretensiones..., de mis quejas. Yo respeto, mujer incomparable, ese sacrificio, y no me creo con derecho a llamarme desgraciado. ¡Adiós, pues, ángel de virtud y de hermosura; continúe usted siendo el ornamento de su sexo; y al elevar a Dios sus oraciones, pídale usted que me perdone los males que le he causado!

—¡Ah!, sí; le pediré que me perdone, y que le perdone a usted como yo le he perdonado.

Y don Emilio salió admirando la virtud de aquella mujer que llevaba la abnegación hasta el más sublime heroísmo para borrar su falta ante Dios. No bien acababa de poner los pies fuera de la puerta, cuando entraron Julia y Teresita que habían estado en la contigua vivienda de la preceptora Amalia.

—¿Quién es ese caballero, mamá?—preguntó Teresita al ver marchar a don Emilio.

—Es el que ha hecho las veces de padre con Clotilde.

—Con razón me ha simpatizado, ¿Qué bueno parece! ¿Le conocías tú antes?

—¿Yo? —dijo Elisa titubeando—. Sí.
 —¿Y por qué no había venido a visitarte hasta hoy?
 —Porque... porque es persona de graves y muchas preocupaciones.

—¿Y a qué ha venido, mamá?

—A comunicarme una noticia de parte de Clotilde: a decirme que todo está ya dispuesto para su unión con Leopoldo.

—Y dime, mamá —dijo Julia—: cuando se verifique ese enlace, tú asistirás a la boda, ¿no es verdad?

—¡No, hijas mías!

—¿Pues qué, no te convidarán a ella?

—Para mí, hijas mías, no quedan más placeres en el mundo que el de no separarme de vosotras, de escucharos, de estar pendiente de vuestros deseos.

—Pero, ¿no amas a Clotilde?

—¡Que si la amo! ¡Oh! ¡mucho..., mucho, hijas mías! ¡Pero no debo asistir a esas reuniones donde todos gozan...!

—exclamó conmovida Elisa—. Yo no debo presentarme en medio del lujo y de la alegría... La memoria de lo que debí a vuestro desgraciado padre y su horrorosa muerte, deben acompañarme, nada más.

—¡Ah! ¡Qué buena eres, madre mía! —dijo Teresita acariciándola—. Sí, tienes razón: nosotras no debemos pensar en esos goces.

—Mis goces y mis delicias sois vosotras.

—Como tú eres nuestra única felicidad—exclamaron las dos hermosas niñas rodeando a su tierna madre, que las inundó de besos y de caricias.

Elisa acababa de dar la prueba más sublime del arrepentimiento de su falta cometida hacía cerca de dieciocho años.

Había renunciado a una posición brillante en la sociedad, no admitiendo la proposición de don Emilio, de unirse a ella. Amaba a Clotilde con todas las veras del corazón de una tierna madre, y se impuso el doloroso tormento de no verla en la vida. Elisa sintió agolparse en sus ojos las lágrimas con esta última consideración, y volvió a abrazar a sus hijas para dulcificar la pena que desgarraba su corazón. Aquel sacrificio era sublime. Era la abnegación llevada hasta el grado más heroico, y de que sólo es capaz la mujer.

CONCLUSION

Ha pasado algún tiempo desde la entrevista de don Emilio y Elisa, de que nos ocupamos en el capítulo anterior.

Las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados Unidos se habían canjeado en Querétaro, el 30 de mayo de 1848, y en virtud de ellas, las tropas invasoras habían evacuado el país.

En los mismos instantes en que se tenía noticia de que se había hecho a la vela, en Veracruz, el último barco norteamericano, salían del espacioso Sagrario de la capital de México varias personas de ambos sexos, vestidas con exquisito gusto y con gran lujo. Doradas carrozas les esperaban fuera del espacioso atrio de la iglesia. En el rostro de todos brillaba el contento y la satisfacción. Poco después se colocaron en los vistosos carruajes y partieron para Tacubaya, donde tenían preparado un gran día de campo en uno de los bellísimos jardines de aquel Aranjuez Mexicano.

¿Quiénes eran aquellas elegantes personas que revelaban ser las más felices de la tierra? Clotilde y Leopoldo, Inés y Ricardo, Adela y Núñez, la hermosa Luz y Rafael que, después de padecimientos inauditos, acababan de alcanzar el bien que aspiraban. Un ministro del Señor acababa de unirlos. Y este ministro del Señor era el padre Enrique.

Don Juan, Félix y don Manuel, les acompañaban, además de otros amigos de distinguida educación. Amalia iba hermosa al lado de sus hijas como una rosa en medio de dos lirios.

Tampoco faltó el indio Pablo, a quien obligaron a que aceptase el convite; puesto que tan buenos servicios había prestado. Pero quien parecía más satisfecho y alegre que todos era don Emilio, que veía a su hija libre del monstruo a quien quisiera unirla, y enlazada a un joven que gozaba en la sociedad, de una reputación envidiable, por su talento, finura y honradez. Sólo Elisa no podía disfrutar de aquel momento de satisfacción.

Retirada en su humilde casa, bendecía a Dios por el bien que había vertido sobre aquella hija querida, a quien había prometido no volver a ver para expiar su falta.

Pero Clotilde no se había olvidado de ella. Antes de ir a la iglesia, a unirse con el hombre que amaba, le envió un presente de mil pesos en oro, varias alhajas, algunos

vestidos y bellísimos trajes para Julia y Teresita, que crecían cada día más virtuosas y hechiceras. A este regalo, añadió contando con la voluntad de Leopoldo, una mesada de cien pesos con que pudiera vivir decentemente.

El cielo, que parecía satisfecho de los sacrificios que voluntariamente se habían impuesto a aquella mujer en desagravio de su falta, se presentó desde aquel momento favorable con ella. Ciertamente es, que había renunciado al placer de ver a Clotilde; pero sabía que ésta era más feliz cada día con su querido Leopoldo, y esto la inundaba de placer y de satisfacción. Para colmo de ventura, cuatro años después, Teresita y Julia se unían a don Félix y don Juan; aquél, rico comerciante, y éste, poderoso hacendado de Guadalajara.

Querida de ambos, como puede serlo una madre por sus cariñosos hijos, pasaba la mitad del año al lado de Teresita, y el otro medio en compañía de Julia.

Elisa, pues, fué feliz como merecía serlo por su talento y sus virtudes.

Amalia disfrutaba de igual ventura, siendo el objeto del cariño de Luz y Adela. El padre Enrique, entregado a los actos evangélicos, vivía retirado del mundo y vertiendo el consuelo en todas partes. El indio Pablo, ocupado en sus faenas de campo, hacía frecuentes visitas a don Juan.

¿Y doña Anita?

Sólo ésta dejó de presenciar la ventura de aquellos seres. El motivo fué su curiosidad. Al penetrar los invasores en las calles de México, había ido a visitar a una amiga suya para saber si, como decían, la visitaba un joven, y una bala perdida, de las muchas que cruzaban, puso fin a su vida al poner los pies fuera de su casa.

Respecto al esposo de doña Crucecita, Rafael cumplió religiosamente con el encargo que ésta le hizo en la Angostura al expirar; y habiendo muerto a poco el desgraciado en la casa de dementes, dejó el dinero que aun quedaba, en beneficio del establecimiento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA OBRA

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

PRIMERA PARTE

	Págs.
CAP. I.—La confidencia	5
» II.—El lenguaje simbólico	22
» III.—Un rompimiento	40
» IV.—El baile	51
» V.—El encuentro	67
» VI.—El Cabrío	83
» VII.—La entrevista	99
» VIII.—El herido	108
» IX.—La casa de vecindad	124
» X.—La cita	132
» XI.—Sembrar para cosechar	139
» XII.—Escena de amores	152
» XIII.—Un artista	164
» XIV.—Las dos vecinas	173
» XV.—Una visita inesperada	185
» XVI.—Una prueba de esgrima	193

SEGUNDA PARTE

CAP. I.—Un manuscrito	229
» II.—La lectura	236
» III.—El desaffo	247
» IV.—Continuación del cuaderno	252
» V.—De la mano a la boca	258
» VI.—La casa de juego	265
» VII.—Un plan	281
» VIII.—Una escena en el agua	285
» IX.—La cita	293
» X.—Un baile leperocrático	305
» XI.—Lo que pasó en el jardín	324
» XII.—El Viernes de Dolores	330
» XIII.—La Semana Santa	350
» XIV.—La Fiesta de los indios	365
» XV.—El Padre Enrique	377
» XVI.—Proyecto infernal	392
» XVII.—Entre las flores, el áspid	397
» XVIII.—Asalto en despoblado	414